

# Marx y la juventud hegeliana

De la teoría especulativa a la crítica revolucionaria

Marcia Serino

Universidad de Buenos Aires - Facultad de Filosofía y Letras

[marciaserino@gmail.com](mailto:marciaserino@gmail.com)

## Resumen

En sus años de juventud, Marx se interesó por la filosofía, especialmente por el sistema hegeliano. En este contexto, se unió a un grupo de jóvenes académicos que intentaban defender la doctrina de Hegel y adaptarla a los cambios sociales y políticos que se estaban desarrollando en Alemania hacia fines de la década de 1830.

La llamada juventud hegeliana ejercerá una gran influencia en el pensamiento de Marx, quien en un principio compartirá sus ideas, pero luego se terminará separando de ella por las contradicciones inherentes al sistema filosófico hegeliano.

Atraído cada vez más por la necesidad de una práctica concreta en la realidad objetiva, el joven Marx abandonará la filosofía meramente especulativa en pos de comenzar a transitar el camino que lo conducirá al materialismo histórico.

El pensamiento de Marx ha sido marcado principalmente por tres disciplinas que lo constituyeron como una de las figuras históricas más relevantes de siglo XIX: la economía clásica, a partir de A. Smith y D. Ricardo, el socialismo utópico inaugurado por H. de Saint Simón y R. M. Owen, y finalmente, por la filosofía alemana representada por G.W.F. Hegel. Nos centraremos en esta última, y en la relación que entabló Marx con la llamada *juventud hegeliana* hasta separarse finalmente de este movimiento.

Marx había estudiado algunos años derecho, pero decidió abandonar dicha carrera casi por completo para dedicarse al estudio de la filosofía con diversos profesores, algunos discípulos del ya difunto Hegel. A su vez, hacia 1937, comienza a participar activamente en la vida política desde el movimiento liberal y democrático de carácter filosófico liderado por los jóvenes hegelianos, cuyo fin será adaptar la filosofía de su maestro al liberalismo.

Sus primeros pasos en la etapa política se plasman en el “Club de los Doctores”, grupo independiente formado por intelectuales de la época como Bruno Bauer, Rutenberg y Koepen. Mientras que Marx tenía apenas veinte años, estos jóvenes de alrededor de treinta, eran ya doctores en filosofía, historia o teología, y fervientes adeptos de la filosofía de Hegel.

Según éste, la existencia constituye un mero producto de la razón, de modo que la realidad material es el resultado del despliegue del pensamiento a lo largo de la historia. El idealismo hegeliano tiene su base en la creencia de un Espíritu (Geist) o sujeto absoluto y trascendental que va más allá de los individuos; por ende, es de carácter metafísico y universal. Rige el mundo, por lo cual la naturaleza se encuentra sostenida por él; y en tanto sujeto absoluto, es resultado de su propio desarrollo, no depende de ningún agente externo a él, y es capaz de crearse a sí mismo. Los hechos históricos, por lo tanto, serían según Hegel, resultado o expresión de ese Espíritu absoluto en movimiento en pos del progreso de la historia, cuyo fin último será la autorrealización del mismo.

Desde el punto de vista estrictamente político, la doctrina se inclinaba a favor del gobierno prusiano, de modo que se había convertido en filosofía oficial del Estado.

Hacia fines de la década del 30, se produce una escisión en la escuela hegeliana a partir de las contradicciones propias del sistema filosófico edificado por Hegel en relación al conservadurismo político que defendía y a los cambios sociales y económicos que se estaban gestando tras la revolución de 1830, el fin de la Santa Alianza<sup>1</sup> y el despertar económico de Alemania. La concepción hegeliana del desarrollo dialéctico de la historia implica un devenir constante, un cambio continuo al cual no se le puede asignar un límite y un fin determinado. De hecho, toda realidad de orden económico, social o político está supeditada al movimiento, a la transformación y a la caducidad luego de haber alcanzado su punto máximo de desarrollo, para darle lugar a una nueva realidad, que a su vez, tenderá también a desaparecer algún día. Pero contrariamente a esta concepción dialéctica y dinámica de la filosofía de la historia propia de Hegel, su autor abogaba cada vez más por el conservadurismo del Estado de Prusia, en el cual la religión tenía un valor absoluto (Cornu, 1965: 105). En consecuencia, se produjo una ruptura hacia el interior de la escuela hegeliana: del lado de la derecha conservadora se encontraban los fieles ortodoxos apegados a la doctrina del maestro, mientras que un ala de izquierda progresista abandonó los elementos reaccionarios, y se esforzó por adaptar el sistema

filosófico a las tendencias liberales de la burguesía a partir de, principalmente, de una concepción revolucionaria de la dialéctica.

Dicha escisión se fue exacerbando cada vez más en una lucha contra la religión heredada y el Estado imperante. Si bien el método de lucha era filosófico, los objetivos penetraban la esfera política y social concreta. Pero como era mucho más peligroso pronunciarse en contra del Estado y de sus instituciones, el combate que protagonizaron los jóvenes de la *izquierda hegeliana* se cristalizó en la esfera de la religión.

Para Hegel, sin embargo, la religión y la filosofía eran idénticas en su esencia: representaban dos maneras distintas de servir a un mismo fin: la búsqueda de la verdad eterna, es decir, de Dios. La diferencia entre ambas era una mera cuestión de forma, ya que la religión revelaba, a través de símbolos, el contenido racional de la filosofía. Dicha concepción cuasi panteísta suscitó múltiples críticas entre los racionalistas, que no aceptaban el sometimiento de la filosofía a la religión, y, por otro lado, entre los cristianos ortodoxos, quienes entendían la concepción hegeliana como una mera reducción de la fe a la razón (Cornu, 1965: 107). Esta polémica acentuó aún más la división en el seno de la escuela hegeliana: los ortodoxos, deseosos de conservar la doctrina, defendieron la unión establecida por Hegel entre la religión y la filosofía, cuyo principal exponente fue Bruno Bauer. Por otro lado, los liberales, los jóvenes hegelianos, formarían la llamada *izquierda hegeliana*; tomaron partido por David Strauss, quien había denunciado la doctrina de Hegel en tanto sometimiento y reducción de la filosofía a la fe. De modo que los jóvenes hegelianos se manifestaron en contra de esta concepción holística de su maestro, reivindicando el derecho de la filosofía y la ciencia a someter la religión a un análisis crítico.

Asimismo, en dicho contexto político, el problema fundamental radica en la naturaleza contradictoria del sistema entre el desarrollo dialéctico de la historia, que implica un continuo progreso dinámico, y, al mismo tiempo, un sistema político conservador que intenta detener el pulso de la historia. A diferencia del maestro, quien utilizaba la dialéctica para explicar la concatenación entre el pasado y el presente dejando el porvenir de lado, los jóvenes hegelianos tomaron dicho método para aplicarlo en su proyección hacia el futuro. Así transformaron la dialéctica hegeliana para convertirla en un arma de acción concreta a fin de actuar contra la reacción en la praxis social y política. De este modo, el método no solo serviría para explicar racionalmente el presente en relación al pasado, sino también para prever el porvenir.

Sin embargo, debido a la debilidad de la burguesía alemana y a sus tendencias conservadoras, los jóvenes hegelianos no gozaron del apoyo revolucionario que los ilustrados franceses encontraron en Francia hacia fines del siglo XVIII. Por este motivo, y sosteniendo que el Espíritu tenía hegemonía y omnipotencia por sobre el mundo concreto, el movimiento de la *izquierda hegeliana* estaría destinado únicamente al plano conceptual (Cornu, 1965: 109), lejos de poder llevar a cabo un combate real en el escenario político y social.

Uno de los exponentes y defensores de la transformación revolucionaria de la doctrina de Hegel fue Von Cieszkowsky a partir de *Los Prolegómenos a la filosofía de la historia* (1838). Miembro de dicho movimiento, abogó por sustituir la naturaleza meramente especulativa de la filosofía hegeliana por una de carácter práctico desde una filosofía de

acción, de la actividad práctica, que permitiera al hombre dirigir su propio destino. Von Cieszkowsky sostiene:

La historia del mundo –decía, retomando el pensamiento fundamental de Hegel- expresa el desarrollo de la Idea, del Espíritu. Hasta ahora lo ha hecho de un modo imperfecto, pues no ha sido la obra de la actividad consciente de los hombres, de su voluntad racional. Pero nos encontramos en el umbral de un nuevo período que se abre con Hegel, en el cual el hombre determinará la marcha racional de la historia (Cornu, 1965: 110).

Von Cieszkowsky fue anterior a Marx en utilizar el término “praxis”. Proponía como fin para el desarrollo de la historia la organización de carácter socialista. Si bien se hallaba bajo la influencia del socialismo utópico, no consideraba a dicha “praxis” como una actividad revolucionaria que cambiara la realidad objetiva, sino como la forma de una determinación a priori del futuro.

Desde el punto de vista ideológico, los jóvenes hegelianos, de tendencia liberal, defendían los intereses de la burguesía y se hallaban por ende, lejos de pregonar el socialismo que había inspirado a Von Cieszkowsky y que motivaba cada vez más a Marx. Las ideas socialistas solo desempeñarán un papel secundario dentro del movimiento al menos hasta 1840-50, momento en el que el proletariado comenzará a adquirir una importancia mayor, en correspondencia con la problemática social.

Como su maestro, los jóvenes hegelianos idealizaban al Estado (Rubel, 2012: 99)<sup>2</sup>, y en particular al Estado prusiano, en el cual veían la encarnación del Espíritu. Pero creían que la moralidad objetiva aún no había sido realizada por éste, y que ella debía alcanzarse en el grado más elevado (Cornu, 1965: 112).

A fin de defender sus ideas, encontraron un órgano en los *Anales de Halle para la ciencia y el arte alemanes*, fundado en 1839 por A. Ruge y T. Echtermeyer, a fin de combatir al órgano conservador de los *viejos hegelianos*, los *Anales Berlineses de crítica científica*. Ruge adhería a las ideas de Cieszkowsky alegando la necesidad de que la filosofía perdiera la abstracción que le daban los hegelianos conservadores. La fractura hacia el interior del movimiento se evidenció al punto de expresarse en la realidad política. El rey de Prusia, Federico Guillermo IV, enfatizaba el carácter reaccionario del Estado, favoreciendo el pietismo y persiguiendo toda forma de liberalismo. Por ende, la *izquierda hegeliana* fue perseguida; tanto por sus ideas antirreligiosas como por las tendencias liberales que el rey aborrecía: “Los hegelianos fueron apartados sistemáticamente de las cátedras universitarias y las manifestaciones liberales eran, por otra parte, severamente reprimidas” (1965: 128).

En este contexto de combate y tensión, Marx comienza a desarrollar su vida política y filosófica. Es interesante remarcar que al principio, por estar más convencido del pensamiento de Hegel, se encontraba más cerca de Bruno Bauer que de Ruge. Discrepaba con los jóvenes hegelianos en un punto fundamental: para Marx, si bien la filosofía crítica era esencial para determinar el ritmo de la historia, no era posible disociar la idea de lo real, el pensamiento del ser, y sobre todo, tampoco creía en el poder absoluto del Espíritu de poder transformar el mundo.

Asimismo, discernía con Bauer en dos cuestiones fundamentales: por un lado, éste

reducía la evolución histórica al desarrollo de la Conciencia universal, mientras que Marx veía un carácter objetivo en esta evolución, a la cual el Espíritu se hallaba ligado. Por otra parte, el movimiento dialéctico engendrado por las contradicciones inherentes a toda realidad no podía ser determinado por un pensamiento apartado de lo real (1965: 134).

Es decir, que Marx se apoya en dos nociones centrales de Hegel pero las resignifica en su esfuerzo por lograr la unión entre la teoría y la práctica. Apartado ya de las ideas liberales, y sustituyendo el carácter especulativo de la filosofía por uno de naturaleza histórica, se proyecta hacia un camino en base a la acción efectiva y real, cuyos cimientos se asientan en una concepción del mundo regida por la unión orgánica de la razón y la realidad concreta. Insatisfecho con una mera crítica teórica, y, superando a Hegel, planteará un movimiento dialéctico en el plano inmanente de la historia.

En la esfera de la filosofía, Marx se interesó también por los estudios posaristotélicos, el escepticismo, el epicureísmo y el estoicismo, que en parte reflejó en sus distintos trabajos, muchos de los cuales no fueron publicados entre otras razones por sus divergencias cada vez mayores con Bruno Bauer y el resto de los hegelianos. Otra de las transformaciones tuvo que ver con su desprendimiento respecto del romanticismo alemán que proclamaba una evasión del mundo real. En lugar de defender el aislamiento y oponer el Espíritu a la vida, Marx proponía integrarlo a través de la práctica revolucionaria.

Por otro lado, podemos afirmar que el estudio de las concepciones filosóficas-teológicas de Plutarco y Epicuro cumplió un rol fundamental en lo que constituiría su pensamiento en la posteridad. Según Plutarco, el temor a Dios preserva al ser humano del mal. Marx objeta esta idea al creer que justamente es la alienación en Dios lo que produce el verdadero mal del hombre.

De esta manera, Marx defiende a Epicuro por justificar el ateísmo y por, en cambio, concebir la eternidad como una supervivencia del individuo en la humanidad. En esta crítica de la religión aparece la decisiva figura de Feuerbach, quien, a partir de su libro *La esencia del cristianismo*, inspira a Marx al plantear la religión “como un fenómeno de alienación que vuelve al hombre extraño a sí mismo por la exteriorización de su propia esencia” (1965: 139).

La influencia de Feuerbach está en consonancia con las ideas más positivas de Marx a medida que éste va delineando su teoría materialista. En el centro de dicha teoría se halla el hombre, ser social que se encuentra enfrentado a un poder soberano al cual Hegel le había atribuido una naturaleza divina. Es que, según Rubel, para Hegel:

El Estado, en tanto espíritu de un pueblo, es la ley que gobierna toda su existencia; encara la moralidad y la conciencia de sus individuos; en otros términos, el principio de la constitución no es el hombre real sino, por el contrario, el espíritu del Estado, el cual determina la conciencia de sí de los individuos. Este espíritu del Estado se encarna en el poder soberano, depositario de la totalidad de los elementos constitucionales y jurídicos. Por último, la ley del monarca es la ley suprema del Estado (2012:102).

Al respecto, Rubel cita a Marx: “Lo que le importa a Hegel es representar al monarca como el verdadero Hombre-Dios, como la verdadera encarnación de la idea” (2012: 103).

Si bien el juicio de Marx contra la religión era compartido por los jóvenes hegelianos, estos continuaban oponiendo la Conciencia a la Sustancia, el Deber-ser al Ser, mientras que Marx estaba cada vez más convencido de la necesidad de enlazar el Espíritu con el mundo bajo el flujo del devenir de la historia.

La transición entre su pensamiento aún idealista y su posterior concepción materialista puede verse expresada en su tesis de doctorado acerca de las filosofías de la naturaleza de Epicuro y Demócrito realizada en 1841. En la primera parte, expone las diferencias entre ambas filosofías de modo general, y en la segunda, analiza en detalle dichas divergencias.

Marx juzga ambas filosofías desde el punto de vista de la posibilidad para el hombre de obrar en el mundo y transformarlo. De ahí que rehabilite a Epicuro, quien tomaba en cuenta el elemento material y espiritual del átomo a diferencia de Demócrito que se limitaba a estudiar solamente la naturaleza material del mismo, alegando además su carácter inexorablemente determinista. Epicuro había partido de la filosofía de Demócrito y rechazaba dicho determinismo. Marx también se opone a esta idea y la sustituye por la potencialidad del hombre de obrar libremente en el mundo.

Por otra parte, Marx se distancia de Hegel en tanto que éste tenía aversión al materialismo, y con ello su juicio respecto de la filosofía de Epicuro era desfavorable.

El principio de libertad, necesario para la acción e incluido en la filosofía de Epicuro, atrajo a Marx a este filósofo, ya que el objetivo de la ética de la filosofía de Epicuro era asegurar y justificar la libertad humana. Para Marx, el idealismo, cuyo principio era la autonomía absoluta del Espíritu, constituía el verdadero fundamento de la ciencia, por lo cual elogiaba la teoría del átomo de Epicuro al separar éste la esencia de la sustancia y subordinar el elemento material al espiritual, con lo cual logró una superación del materialismo determinista de Demócrito.

Sin embargo, esto no impedía a Marx realizar sus críticas y tomar distancia de este filósofo: pues el concepto de Epicuro sobre la libertad era absoluto. Marx entendía esto como falso ya que para él, la libertad debía abordarse desde su relación dialéctica con la necesidad, es decir, en el marco de las relaciones del hombre con su medio. A fin de asegurar la libertad, la propuesta de Epicuro consistía en apartar a éste del mundo que lo oprime y que no puede dominar. Marx se opone claramente a esta idea de libertad abstracta en donde el hombre ya no existe en el mundo sino fuera de él. Aquí acuerda con Hegel, quien entiende la libertad del individuo no en aislamiento, sino en relación con el mundo, lo que implica cierta limitación de la misma. A su vez, Marx no adhiere a la idea de autonomía como algo absoluto.

Marx realza las ideas de Epicuro en tanto filósofo de la autoconciencia y como uno de los grandes pensadores de la ilustración griega. Señala la superación de este pensador por sobre la filosofía atomista de Demócrito, más mecanicista, y pone de relieve, sobre todo, el gran pensamiento liberador de dicho filósofo y el de su discípulo latino Lucrecio, en la proeza de emancipar al hombre del temor religioso, de liberarlo de la *ira de Dios* sostenida por Plutarco.

Como fue señalado anteriormente, en los trabajos de la etapa universitaria de Marx,

aún juvenil, se vislumbra la idea de una actividad de la autoconciencia filosófica como una práctica teórica y crítica en pos de la lucha por la libertad y la razón humana.

Si bien Marx aún no había roto con el círculo de los llamados *hegelianos de izquierda*, se diferenciaba de estos principalmente en el plano de la acción. El centro de su preocupación común radicaba en la lucha contra el reaccionario Estado prusiano por medio de la crítica de la religión y mediante la afirmación de la libertad de pensamiento. La actitud crítica ante la filosofía de Hegel empieza ya a abrirse paso en Marx. En este punto, se encuentra hacia el final de su etapa idealista y entiende las relaciones del hombre con el mundo exterior como una racionalización cada vez más profunda por efecto de la actividad espiritual. La relación entre el hombre y el mundo es para él análoga a la relación entre el hombre y la filosofía. Esta concepción representaba la primera forma de aquello que luego lo llevaría al materialismo histórico y dialéctico. Si bien Marx acordaba con la concepción central de Hegel que entendía la unión de lo racional con lo real de la esencia y la existencia, pensaba que esta unión no podía ser el resultado del simple desarrollo dialéctico del Espíritu, sino que debía realizarse por la crítica que prepara a la teoría el camino de la transformación práctica. Por ello, consideraba que la superación de la filosofía hegeliana debía realizarse mediante el pasaje de la filosofía especulativa hacia una filosofía de acción, de carácter objetivo por su integración en el mundo, y no subjetiva como era la tendencia de la juventud hegeliana. La filosofía no debía conformarse con racionalizar teóricamente el mundo, sino que debía aspirar y tender a transformarlo desde los hechos. La acción debía surgir como resultado de la unión del pensamiento y la realidad concreta, del ensamble de la filosofía en el mundo en contraposición al aislamiento del hombre que lo torna incapaz de actuar sobre éste y lo condena a la impotencia y a la esterilidad. Es decir, que la conciencia individual abstracta y subjetiva defendida por la juventud hegeliana, es superada por Marx a partir de la unión del Espíritu con el mundo. Se fue desprendiendo, entonces, del idealismo, pues ya no consideraba a la filosofía como una mera expresión del Espíritu, sino que veía en ella la forma ideológica que adopta el proceso histórico al considerar que su desarrollo está determinado dialécticamente en forma de acción y reacción. Su nueva concepción de las relaciones entre el Espíritu y el mundo y entre el hombre y su medio, representaba una diferencia fundamental respecto de Bruno Bauer y de los otros jóvenes hegelianos con quienes, sin embargo, seguía compartiendo su lucha contra el Estado prusiano reaccionario.

En síntesis, aunque aún en forma latente, los principios de la filosofía de Marx se hallan determinados por su deseo de actuar con mayor eficacia sobre la sociedad de su tiempo a fin de poder modificarla.

A partir de la supresión de los elementos metafísicos y especulativos, Marx tuvo el objetivo de transformar la dialéctica hegeliana en un instrumento que tradujera lo real. Entre las diversas críticas al respecto, denuncia las tautologías, las antinomias imaginarias y un misticismo "artificial": distintos recursos retóricos y especulativos utilizados por Hegel a fin de realzar la legitimación del sistema político: el pueblo y la sociedad no son nada en sí mismos; el Estado, personificado por el monarca, lo es todo. Es esa filosofía política la que Marx cuestiona y condena. A partir de la inversión de dicha tesis, encontrará los elementos para desarrollar una nueva teoría de la sociedad.

## Conclusión

El contacto con los jóvenes hegelianos y su intensa investigación de la ideología alemana, en conjunto con su profundo estudio acerca de la filosofía posaristotélica, marcaron el comienzo del trayecto de Marx. Sumado también a su interés por la economía clásica, sus experiencias de joven lo llevaron a cuestionar el orden imperante del escenario histórico en el que se hallaba. Los aportes del materialismo feuerbachiano aplicados por su autor en el ámbito de lo estrictamente religioso, actuaron como puntapié inicial para luego desplazarlos hacia la esfera de la política. Feuerbach había negado a Dios para afirmar al hombre; Marx terminará por negar al Estado para devolverle al hombre su plenitud humana.

La tendencia neohegeliana de buscar forzosamente una raíz religiosa en los fenómenos de carácter político, jurídico y moral, y la consecuente reducción de los mismos a categorías hegelianas, significaba consagrarle a cada una de estas esferas un culto. Culto que representaba el estancamiento del movimiento en el ámbito sólo de las ideas. De hecho, la “batalla” que libraban los jóvenes hegelianos, era exclusivamente contra frases, y, “el mundo permanecerá intacto si no lo atacan con otra cosa diferente de las frases” (Marx, 1932: 20).

Para Marx, en cambio, el punto de partida estaba situado en la realidad objetiva, donde la abstracción sólo es posible a partir de dicha materialidad. En este momento de transición, mucho más cerca del empirismo, Marx ya ha optado, como principio fundamental, por individuos reales, por su acción y por sus condiciones de vida materiales.

La filosofía de Hegel había ocultado ciertamente una contradicción entre la teoría, que afirma un movimiento cíclico y eterno como expresión del Espíritu absoluto, y una práctica que había detenido la marcha de la historia, enquistada en el Estado monárquico y conservador. Bajo el halo teleológico, el rey encarna de modo incuestionable la divinidad, y la realidad material es una mera consecuencia del despliegue y del devenir del Espíritu en pos de la autorrealización del mismo. Quizá fue tal incongruencia la que llevó a Marx a caracterizar dicha doctrina como “melodía rocosa” que no terminaba de agradarle<sup>3</sup>.

Así es que, liberado prácticamente de las nociones radicales que proponían las *viejas* filosofías especulativas, donde el pensamiento y la metafísica ocultan lo real, el joven Marx se encontraba en el umbral del camino que terminará de manifestarse dos décadas más tarde en su máxima obra, *El Capital*.

La centralidad del concepto de dialéctica desarrollado por Hegel tiene su fundamento en el principio de contradicción: en que las cosas pueden ser y no ser al mismo tiempo, pues no existe una identidad esencial. El conflicto que surge de esta oposición es inherente a la mente y a la vida humana. La diferencia entre Hegel y Marx radica en que el primero no aplicó su teoría a la realidad histórica de la que formaba parte. Desde su adhesión a la *teodicea* de Leibniz, legitimaba la perpetuidad del Estado como obra racional de la “Divinidad”. Y Marx, por el contrario, se sirvió del conflicto y de esa *no identidad* de las cosas para poder actuar sobre ellas.

Frente a la concepción filosófica hegeliana de la historia, Marx propone una inversión



ontológica cuyo fundamento se asienta en el flujo de la realidad concreta. La dialéctica es entonces, por un lado, de carácter materialista, pues el mundo debe explicarse por sí mismo y no por algo diferente o externo a él. Y, por otro lado, es también revolucionaria, ya que tiene el fin de transformar la realidad. Es que, el individuo, ha dejado de ser un producto *contingente* del universo racional para convertirse en protagonista *necesario* de los hilos que tejen su propia historia.

## Notas

<sup>1</sup> La Santa Alianza fue un tratado de paz internacional celebrado entre Rusia, Prusia y Francia en septiembre de 1815 bajo los preceptos cristianos de "Justicia y Paz" a fin de preservar los respectivos estados monárquicos y contener el secularismo y cualquier intento revolucionario que pudiera amenazar la legitimidad del absolutismo.

<sup>2</sup> "El Estado es la realidad de la idea moral, el espíritu moral en tanto voluntad *manifiesta*, consciente de sí, sustancial, que se piensa y se sabe, que realiza lo que sabe y por lo mismo que se sabe" (Hegel, *Grundlinien der Philosophie des Rechts*, 1921, p. 257).

<sup>3</sup> "Había leído algunos fragmentos de la filosofía hegeliana, cuya grotesca melodía barroca no me agradaba. Quise sumirme una vez más en este mar proceloso, pero con la decidida intención de encontrar la naturaleza espiritual tan necesaria, tan concreta, tan claramente definida como la naturaleza física, sin dedicarme ya a las artes de la esgrima, sino haciendo brillar la perla pura a la luz del sol" (Marx, *Escritos de Juventud*, 1982, p. 10)

## Bibliografía

Cornu, Auguste (1965) "Formación de la izquierda hegeliana", en Auguste Cornu Marx Engels *Del idealismo al materialismo histórico*, Buenos Aires, Editorial Platina y Editorial Stilcograf.

Marx, K. (1982) *Escritos de juventud*, México, Fondo de Cultura Económica.

Marx, K. (1971) "Feuerbach. Contraste entre el materialismo y el idealismo. De la ideología en general y de Alemania en particular", en K. Marx y F. Engels *La ideología alemana*, Montevideo, Ediciones Pueblos Unidos.

Marx, K. (1974) *Introducción a la crítica de la economía política*, Buenos Aires, Editorial Anteo, 1974.

Rubel, Maximilien (2012) *Karl Marx: Ensayo de biografía intelectual*, Buenos Aires, Ediciones ryr.